

RAMÓN RAMÍREZ LÓPEZ
PROFESOR DE PSICOPEDAGOGÍA
COLEGIO DE PEDAGOGÍA
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

ENTRENAMIENTO PSICOPEDAGOGICO DEL ADULTO CON RELACION A LA DELINCUENCIA JUVENIL

En la Colección Puertorriqueña de la Biblioteca General de la Universidad de Puerto Rico hay 286 fichas de artículos escritos por autores puertorriqueños sobre la delincuencia juvenil. Estos trabajos cubren el plazo de febrero del 1944 hasta el presente. Algunos autores tienen hasta cinco trabajos publicados sobre el tema¹.

Los autores puertorriqueños recogen varias causas de la delincuencia —alejamiento de Dios, padres irresponsables, desórdenes emocionales, falta de personal de rehabilitación, falta de cariño y comprensión, viviendas inadecuadas, falta de maestros varones, mal ejemplo, deterioro moral y otras; catalogan los delitos más frecuentes—, destrucción de propiedad ajena, robo, fuga del hogar, abuso de menores, atracos, delitos sexuales, incumplimiento de leyes del tránsito y otros; y sugieren maneras para combatirla. Liga atlética policíaca, más parques de recreo, eliminación de suburbios y arrabales en las ciudades, fincas de rehabilitación, centros de niños delincuentes, cruzadas contra el vicio, comités cívicos de recreación, orien-

tación a los padres, clínicas de orientación y terapia, cambio en la actitud del policía, centro de estudio e investigación, facilidades de empleo, más organizaciones de niños y niñas escuchas, campamentos de verano y un sin número de otras.

Es notable el creciente interés de nuestro público en la delincuencia juvenil según lo revelan estos trabajos de autores puertorriqueños y la frecuencia con que grupos cívicos y profesionales —trabajadores sociales, abogados, médicos, maestros, rotarios, leones, masones, y ahora los psicólogos—, se ocupan del tema.

El problema en los Estados Unidos es alarmante. En el 1955, el Presidente Eisenhower solicitó del Congreso \$3,000,000 para combatir la delincuencia y el Procurador General Herbert Brownell profetizó que para el año 1956, 1,000,000 de muchachas y muchachos serían arrestados por la policía². Aquí también es alarmante cuando leemos que en un solo año, 1955, hubo 2,793 delincuentes³. En ambos lugares el problema resulta aún más serio cuando pensamos en que «un muchacho o una muchacha que se ve envuelto en dificultades no es una estadística y sí un individuo»⁴.

El ángulo psicológico de la delincuencia no limita la frialdad estadística. Trata de explicar la dinámica del ser humano que envuelve tanto la potencialidad de ser delincuente como de convertirse en un ser humano normal como Dios y la Sociedad mandan. La dinámica psicológica es aún más notable al esquematizar el entrenamiento psicopedagógico que deba recibir el adulto que dirige a los delincuentes. «Cada muchacho emocionalmente perturbado y cada muchacha infeliz tiene razones para romper con la sociedad». El psicopedagogo intenta la prevención de conducta delictiva y ensaya remedios.

Los autores puertorriqueños pueden no estar respaldados con datos científicos al establecer la causalidad de la conducta anti-social de nuestros muchachos. Hay sin embargo una correlación evidente entre sus juicios y los de los psicólogos y psiquiatras: «El niño que no es querido», dicen los psicólogos, que está abandonado, que es rechazado, está propenso a desarrollar una personalidad sobre-exigente y agresiva. Cuando se torna en delincuente está expresando abiertamente sus sentimientos contra sus padres y el resto de la sociedad que le negaron aquel afecto y sensación de identificarse con otros que tanto necesitó

para crecer normalmente. Cuando se torna agresivo y hostil o ingobernable se está rebelando contra la autoridad que, a su juicio, lo trató mal»⁵. El delincuente, dijo Rocky Graziano al volver a la normalidad, es un «feroz animal en guerra con su mundo, orgulloso de su reputación criminal y habilidad de pelear y abrirse camino para salir de cualquier rincón»⁶.

Los autores puertorriqueños así como los psicólogos y psiquiatras parecen haberse puesto de acuerdo con relación a un fenómeno psicológico común a todos los delincuentes. Aquí en Puerto Rico se menciona repetidas veces el hogar roto como factor causativo. En Estados Unidos también se habla del hogar roto en 2 de cada 3 casos, «la mayoría de estos hogares no fueron destruidos por la muerte o el divorcio, sino por la deserción de padres que probablemente nunca pasaron por la formalidad del matrimonio»⁷.

El entrenamiento del adulto para este tipo de brega merece asentarse sobre la anterior verdad. También, que muchos niños sometidos igualmente a estas trágicas eventualidades nunca llegan a ser delincuentes. Descubrirá que las condiciones de extrema pobreza de las poblaciones más urbanizadas es un incuestionable estímulo para la conducta delictiva, y también aunque resulte chocante, que la tasa delincuente va en aumento en grupos donde el niño lo tiene todo⁸.

La recomendación de Benjamín Fine, quien ha hecho un estudio exhaustivo de la delincuencia, promete pautas esperanzadoras. Sugiere que en las escuelas superiores se enseñen cursos sobre el matrimonio, la paternidad, el cuidado del niño, y las relaciones interfamiliares; que las escuelas que entrenan maestros ofrezcan cursos que ayuden al joven maestro a reconocer las señales de disturbio emocional serio en los alumnos; que las iglesias se empeñen en conseguir la participación de familias enteras en la adoración; que los gobiernos provean viviendas y facilidades recreativas adecuadas; y que se logre levantar el tono moral del pueblo⁹. Esto se viene haciendo, aunque en pequeña escala, en muchos lugares y constituye parte de una problemática adulta, de avanzada, pero lógica y sensata. Uno de los autores puertorriqueños lo señala —«la delincuencia es problema de los adultos», dice—. Compete al padre y al maestro, al juez y al policía, al trabajador social y al psicólogo¹⁰.

En consideración explícita del entrenamiento psicopedagógico necesario, se impone plantear varias cuestiones¹¹.

¿Qué clase de niños son los que se tornan delincuentes?

¿Qué clase de hogares alimentan la conducta antisocial?

¿Qué clase de dificultades tienen los delincuentes en la escuela?

¿Qué clase de oportunidades tienen los niños delincuentes para asociarse con otros de su misma edad y de participar en actos de la comunidad en general?

Los autores puertorriqueños tienen contestaciones a estas preguntas. Es preciso sin embargo consultar otras fuentes por el peso de evidencia que las respaldan. Sarbin y Jones retratan dos tipos de delincuentes juveniles —el psicopático y el neurótico—¹². El «delincuente neurótico» está acosado por un pertinaz sentimiento de culpa, tiene habilidad moral para beneficiarse por la experiencia, y dirige su hostilidad hacia objetos específicos de su ambiente.

«El delincuente psicopático» es aquel que se estancó en su desarrollo en un nivel en que la reducción inmediata de la tensión era urgente. El trasfondo familiar del psicopático es de rechazo y maltrato en tal forma que impide al niño llegar a percibir objetivos sociales adecuados para la satisfacción de sus necesidades. Por lo tanto, su percepción social es inadecuada. Su conducta es impropia cuando tiene que diferenciar cualquier objeto de su ambiente que no sea relevante a la satisfacción de sus necesidades. No puede contener la tensión y en momentos de monotonía, de conflicto, fracaso o indecisión, no puede contenerse ni canalizar la tensión producida. En estos momentos ensaya formas de substitución expresiva y generalmente dirige su agresión a objetos irrelevantes de la situación.»

Los delincuentes nuestros como cualquiera otros, serán neuróticos o psicopáticos. Pueden también ser «delincuentes socializados» que no funcionan bien en el grupo grande de la sociedad pero sí en su grupo microcósmico, su *ganga*; o delincuentes «pseudosociales» de un super-ego tan débil que se identifican fácilmente con la conducta antisocial de niños mayores que ellos.

Las funciones del adulto que brega con delincuentes —padre, maestro, policía—, se hallarán repetidas en el personal de la clínica, la corte, o de la institución (en el caso de Puerto Rico. Hogares juveniles y Escuelas Industriales). Se necesita poseer conocimientos sobre la psicología del niño delincuente para captar su imagen; de su sociología, para entender la causalidad; y de su pedagogía, para mejor dirigir su conducta hacia patrones de conducta de aprobación social.

Uno de los autores puertorriqueños usa la frase: «menos jueces y más pedagogos»¹³, sentencia que muestra estar clarísima en la mentalidad de los jueces que atienden en P. R. el Tribunal de Menores, en muchos oficiales probatorios y oficiales de la policía.

El entrenamiento psico-pedagógico del adulto requiere además de lo expuesto ya una clara consciencia de que:

- A un niño no le gusta que le griten. La voz firme, enunciación clara, con propiedad, pero suave, es un tónico fortificante para una *psiquis* adolorida.
- A un niño no le gusta que le pongan malos nombres. El ridículo es siempre nido de emociones fuertes. El sarcasmo así como los comentarios despreciativos en público hieren, y provocan al delincuente a expresarse agria y hostilmente.
- A un niño le hiere profundamente que hablen mal de su familia. Aun en los casos en que la hostilidad va dirigida contra alguien de la familia, la natural identificación de su ego, no ya por razones afectivas y sí por la percepción social de su imagen familiar, le inclinan a salir a defenderse.
- A un niño le desespera que demanden de él más de lo que puede dar.
- A un niño no le gusta que le guarden rencor. Es mejor regañarle cuando fuere necesario y luego olvidarse.
- A un niño no le gusta que lo amenacen. La amenaza no cumplida desmoraliza.

—A un niño le exaspera la *cantaleta*.

—A un niño no le gusta que le corrijan o regañen frente a otros, especialmente los de su grupo.

A los niños les gusta, sin embargo:

—que los mayores estén a su lado para prodigarles cariño y protección.

—que los mayores estén dispuestos a oírles.

—que los mayores respeten y protejan sus pertenencias.

—que los mayores se franqueen y les cuenten de sus vidas, que les enseñen aficiones y actividades fuera de la rutina.

—que los mayores no sean «changos» o «parados», que los busquen, los saluden donde quiera que los vean.

—que los mayores les demuestren que ellos valen y merecen consideración.

—que los mayores sepan lo que tienen entre manos; que no se les pueda «pasar gato por liebre».

—que los mayores tengan sentido del humor.

Lo que a un niño le gusta y lo que le disgusta debiera ser conocimiento esencial en el entrenamiento del adulto —padre, maestro y policía—. Deberá tenerse en cuenta que el niño delincuente es una *psiquis* herida, doliente, enferma, y hay que tener más cuidado para tratar con ellos, que con niños sanos. Es importante que el adulto que se ocupa del delincuente posea las cualidades físicas, personales, y de conducta que se presten para defender, encauzar, tranquilizar, alegrar una *psiquis* maltrecha; que pueda enseñar a un muchacho «a aprender nuevas y mejores maneras de hacer las cosas, no meramente vigilarlo para que no rompa las reglas establecidas»¹⁶.

Lo que se ha dicho compete a todo adulto que tenga que ver con delincuentes. La mayoría de los niños que se tornan delincuentes tienen que enfrentarse a la policía. Ese primer encuentro con la policía, dice Fine, es el más importante y puede significar un cambio para bien o para mal. Se impone que se observe especial cuidado en la selección del policía, tanto o más que en la selección del maestro o el trabajador social.

Entrenamiento psicopedagógico no quiere decir aprender a hacer esta o aquella cosa —llenar informes, hacer estudio de casos—; es mucho más. Requiere amplia orientación sobre la psicología del ser humano, de esa dinámica individual que hace de un niño un delincuente precisamente en aquella situación donde otro niño se torna tranquilo, respetuoso y cooperador. Requiere tener plena consciencia del mundo actual, de los cambios sociales y de las transformaciones físicas del ambiente que imponen nuevos conocimientos, intereses, actitudes, y valores. Requiere además sentirse eje, clave importante en la obra de reconstrucción del mundo.

1. Sección Puertorriqueña, Biblioteca General, Universidad de Puerto Rico. (Catálogo-Delincuencia Juvenil).
2. BENJAMÍN FINE, 1,000,000 *Delinquents*, World Book Co., N. Y. 1955 (Ferewood).
3. *El Mundo*, 12 septiembre 1955, pág. 28.
4. B. FINE, *Ibid.*
5. *Ibid.*
6. ROWLAND BARBER, *Autobiografía de Rocky Graziano*, Informe de T. Hayes, "Azúcar y Vinagre", *El Mundo*, 27 de julio 1955, página 6.
7. B. FINE, *Ibid.*, pág. 375.
8. *Ibid.*, pág. 340.
9. *Ibid.*
10. J. B. PAGÁN, "Menos Jueces y Más Pedagogos", *El Mundo*.
11. THEODORE R. SARBIN y DONALD S. JONES, "Interpersonal Factors in Delinquency", en Jerome M. Zeidman (Ed.), *The Child: A Book of Readings*, N. Y.
12. ALFRED A. COHEN, Superintendente de N. Y. Training School for Boys. (FINE, 1,000,000 *Delinquents*, pág. 300).
13. J. B. PAGÁN, *Ibid.*
14. B. FINE, *Ibid.*